

LO QUE VI Y PENSE EN GUANIMAR

La Habana, septiembre 11: Seis días después de la tragedia el mar está sereno. Es mediodía y el sol castiga fuerte. A unos doscientos metros de la costa se pueden ver hombres en balsas, las famosas cámaras de caucho infladas, pero estos las usan para pescar. Pescan; es lo que saben y prefieren hacer. Pescar y vivir del mar, cerca del mar, en el mar. Detrás de ellos se aprecian ya los cayos.

Del viejo y largo puente solo queda el esqueleto, nadie sabe cómo se sostiene aún. Charlie, el huracán que golpeó Playa Guanimar y otros lugares al sur de La Habana hace cuatro años, lo dejó así.

Hace cuatro años el mar entró y destruyó el caserío. Ahora volvió a ocurrir. Basta con darle la espalda al mar y se ve el destrozo. Un puñado de casas desvencijadas pudieron resistir el embate, pero la mayoría cedió y sus partes quebradas fueron lanzadas 20, 30 ó 200 metros tierra adentro. Solo el piso de las casas quedó, o pedazos de él, y algún que otro inodoro, el mueble más resistente de la casa, a veces el único indicio de que ahí hubo una casa. La escuela, sin techos ni ventanas, muestra su interior. También el club "Don Sancho". Al mediodía del sábado 30 de agosto, cuando el ojo del huracán pasó a varios kilómetros de la costa, no había ya nadie en Guanimar. Nadie vio alejarse el mar y regresar después hasta alcanzar dos kilómetros tierra adentro y destruirlo todo. Cuando la gente pudo regresar el miércoles 3 de septiembre, entonces fue cuando vieron el desastre.



Así lucía Guanimar seis después del paso de Gustav. El 9 de septiembre, con el paso del huracán Ike, el mar volvió a entrar

Hay silencio en Playa Guanimar, o casi silencio. Si uno hace un esfuerzo escucha los golpes de martillo o el de un serrucho penetrando la madera. Han vuelto algunos pescadores y quieren aprovechar los rastrojos que el mar les dejó. Y escucho, sin mucho esfuerzo, al Padre Gaby conversando con Juan Macías a la entrada de su casa, o a la salida... después que Gustav lanzó el mar contra el cubil de Macías, ya no se sabe cuál es la entrada ni cuál la salida. Pero la humilde construcción de dos niveles resistió, al menos la mitad superior está todavía ahí. Él dice que la volverá a levantar sea como sea y volverá a ser lo que era, y mejor: su casa y la de su familia. Y volverá a alquilar los dos cuartos y a dar servicio gastronómico, pues para eso paga su licencia, y la gente regresará a comer el mejor pescado frito de la playa en "El Pinareño". Hace tres días trabaja mientras dura el sol.

"Si me dan los materiales bien, y si no también, pero yo levanto mi casa", asegura, animoso, el gordo Macías. "Aquí nací yo", dice. Tal vez en algún hospital, pero para él fue aquí, aquí abrió los ojos hace 44 años. Su padre y otros hombres arrojaron piedras en el camino que unía la playa con el pueblo de Alquizar, "la tierra más fértil del occidente cubano", me dice el padre Gaby. Así se empezó la carretera. La tierra más fértil... No debería haber por aquí tanta gente viviendo en casas tan pobres.

Nunca había estado en Playa Guanimar. La primera vez que vengo encuentro una imagen desoladora. Nadie murió, es cierto. Desde el día anterior al paso de Gustav por el mar fueron a recogerlos a todos. Y casi todos pudieron salvar sus pertenencias, casi todos... Pero perder la casa así es un modo de morir. Mueren espacios, rincones, ecos, sombras, olores... Queda al menos la memoria, el recuerdo colgado de la nada. Pero no quieren irse, quieren volver a "morir" otra vez y otra vez volver a vivir, porque esa es para ellos la forma más placentera de morir y de vivir. El mar te lo da y el mar te lo quita, y te lo vuelve a dar y quizás te lo vuelva a quitar. Quien no conoce el mar, y no vive de él y en él, no lo comprende.

Pero sí es difícil comprender por qué se vive de modo tan precario en estos poblados de pescadores. Debería vivirse mejor aquí. Quizás una cooperativa pesquera, de verdad y no de papelitos, les ayude a vivir mejor. Quizás... Y quizás así puedan construir casas mejores, cerca del mar, como ellos quieren. Pero no deben ser estas casi-casas, sino de pilotes de hormigón, con planta baja libre como está normado, dicen, en los cayos bajos de la Florida, para ver si así el mar satisface su antojo y respeta la propiedad de los pescadores. Tal vez si fueran de verdad dueños de su pedazo de mar y del producto de su pesca...

Desde que dejamos la carretera y comenzamos a caminar por el lodazal que alfombra la única calle del poblado, se siente el peso del estupor. Los pocos que vemos saludan al padre Gabriel Torres, mi guía. "Buenos días padre". "Buenos días", responde el padre Gaby. Aquí no hay templo, pero conocen al sacerdote de Alquizar. Lo han visto otras veces por esa calle. No se extrañan de ver al cura.

Alberto Rúa es el primero que encontramos. En un pie calza una bota de goma y en el otro un moribundo zapato bajo. Un short y una gorra completan su vestuario. Saca escombros y tablas podridas de su vieja casa, en el lado sur de la calle. Se sube sobre el montón de desechos, extiende el brazo por encima de su cabeza y toca el muro exterior de la casa para mostrarnos la altura que alcanzó el mar. "Me acabó con todo lo que tenía adentro", dice después en murmullos, casi sin decir y sin mirarnos.

La casa de Israel Vasallo queda en el lado opuesto, varios metros adelante. Trabaja. Ha logrado levantar la mitad del frente y alguna división interior de la casa, que ahora da al exterior. "Aquí no quedó casi nada", nos dice después del saludo. "Allí estaba la casa de Chicho, allí la de Celso, y el mar las tiró más de cien metros pa'tras. Mira, mira allá el techo de esa casa. Y la de Nelson, 'el canoso', se fue también, na'más quedó la urna de la virgen. Estas tablas las recogí de aquí y de allá pa'cerrar esto, pero las mías no las he encontrado todavía. Pudimos salvar el frío y los equipos porque vinieron enseguida a evacuarnos los del gobierno y la policía y de verdad que se portaron bien bien. Ya tenemos corriente y hoy están fumigando pa'los mosquitos. Lo importante es que tenemos vida y seguimos pa'lante". Detrás de una ventana su esposa come, de pie, frente a un viejo ventilador chino que refresca. "Mira vieja, es el cura de Alquizar. Padre, mi mujer lee la Biblia todos los días". "No es cura, es sacerdote" dice la mujer. "Gustan almorzar". No, decimos. "Bendiciones para ustedes". Le damos las gracias. Israel se queda allí, doblando el lomo, alzando un pedazo de tabla para remendar su tambaleante casa. Detrás de la ventana veo otra vez a su esposa, el viejo ventilador, los muebles, restos de otra casa y árboles al fondo... Todo se ve desde todas partes. No hay privacidad en estos días.

Pero poca gente anda por aquí. Dos mujeres y un hombre están ocupados en otro lugar. El hombre serrucha y ellas lanzan maderas a un lado y al otro, buscan las mejores y las acomodan. No hablan, no hay nada que decir. Unos jóvenes con botas de goma y short pasan por nuestro lado aplastando el fango y cargando un horcón de madera. Mueven la cabeza como saludando y siguen.

"Esta es la casa de Nelson-el-canoso", dice el padre. "Era de bloques de hormigón pero parece que mal hecha, sin cimientos". Ruinas y escombros es ahora toda la propiedad de Nelson. Pero al frente permanece el sólido y rústico monolito recubierto de pedazos de cerámica con un orificio casi cuadrado en su parte superior. Es la urna que construyó "el canoso" para la Virgen de la Caridad. Todavía no había puesto la imagen pero pensaba hacerlo pronto. La traería desde El Rincón, al oeste de La Habana. Un perro ocupa el lugar que será de la Virgen. Hay sombra en ese nicho sin fondo, es seguro. Al animal no le importan nuestros movimientos. Ha visto cosas más peligrosas esos días. Los perros que deambulan por Guanimar no ladran ahora, no levantan la cabeza, andan lento, se tiran en cualquier sombra y comparten espacio con los gatos. Tienen hambre. No es momento de ser enemigos.

"El Charlie comparado con esto es nada" dice Juan Macías de pie, junto a las mesas de concreto que el mar arrancó y él volvió a acomodar en su sitio. "Esto es la destrucción de la historia. Pa'mucho tiempo habrá gente sin casa aquí".

Pero la historia no ha terminado. Cuando dejo Guanimar pienso que tal vez ese caserío no sea más que un botón de muestra y un grito de socorro, otro. Desde hace tiempo nos golpean los huracanes y las tormentas tropicales, pero tengo la impresión de que Gustav se empeñó en demostrar cuán mal viven tantos cubanos. En estos días veo en la televisión que, por detrás y por debajo del impetuoso viento y las torrenciales lluvias, abundan casas muy antiguas y deterioradas, a veces verdaderas chozas, ya en ruinas y agonizantes antes de que llegara la tormenta. Casuchas como las de Guanimar abundan en La Habana, Santiago de Cuba, en Santa Clara y Pinar del Río. En toda Cuba abundan. El deterioro se acumuló por mucho tiempo y la naturaleza puede convertirnos en el país con la mayor tasa de evacuados, o sin-casas, permanente. Gustav dejó al aire nuestra intimidad, nuestras partes más privadas y vulnerables. Y ya vienen otros como Gustav. La naturaleza puede ser un enemigo peligroso.

Nota: Pocos días después de esta visita a Guanimar, todo el país sufrió el castigo del huracán Ike. El mar volvió a entrar en Guanimar.

Texto y Fotos: Orlando Márquez

Se autorizada la reproducción parcial o total de las informaciones publicadas en esta revista, citando la fuente.

Servicio de Noticias - Revista Palabra Nueva. © 2008